

“LA PRENSA”

AGRAVIO NO REPARADO

A más de una semana del agravio inferido a la comunidad judía del país en un programa que se emite por el Canal 9 de Televisión, que actualmente es administrado por organismos del Estado, la opinión nacional no ha sido informada de la reacción oficial ante ese hecho insólito ni de las medidas que se hayan adoptado para evitar su repetición. El mutismo de las autoridades no se justifica en este caso, ya que la ofensa se ha cometido utilizando un medio de comunicación social que refleja, según cabe suponer, los puntos de vista de los funcionarios que lo dirigen, y en consecuencia, del gobierno nacional.

En el programa de referencia, su conductor formuló preguntas capciosas y de inconfundible inspiración antisemita a un ciudadano de ascendencia judía que había sido invitado para comentar temas de actualidad. El accidental interlocutor fue instado a responder, entre otras cosas, por qué “la gente dice que los judíos son avaros”, y cuál es la razón de que hayan sido perseguidos durante 4.000 años. También se le recabó opinión sobre el rechazo por parte de Israel a las exigencias palestinas, insinuando así una imputación de egoísmo o de intransigencia cerril a quienes se oponen a la política de la OLP. Estos y otros términos de la requisitoria periodística fueron planteados con manifiesta mala fe, colocando a la comunidad judía poco menos que en el banquillo de los acusados.

La Delegación de Asociaciones Israelitas Argentinas (DAIA) ha expresado, con razón, su “honda indignación” ante “este sucio retorno al odio antijudio”, manifestado “en momentos en que la República realiza los más denodados esfuerzos por superar las secuelas sangrantes de las heridas dejadas por la violencia en recientes años aciagos”. Pero lo que más preocupa a la entidad es que el exabrupto haya tenido como vehículo a “un medio de comunicación de tanta penetración como la TV”, configurando “un síntoma más que alarmante para los que bregan por afianzar la fecunda convivencia nacional”.

Hace pocos meses, la misma institución de la colectividad judía debió manifestar su firme rechazo a determinados temas de los programas de “Formación Cívica y Moral” incorporados a la enseñanza secundaria, porque colocaban a muchos alumnos en situación incómoda desde el punto de vista de sus orientaciones religiosas.

Nos resistimos a creer que en nuestro país se esté experimentando un “rebrote” de actividades antisemitas como las que tuvieron esporádica manifestación en años recientes, pero hay que reconocer que desde las esferas oficiales han partido medidas o actos imprudentes que no se rectifican ni aclaran, dando lugar a que se nos presente en el exterior en actitud equivocada. El presidente de la Nación ha dicho en discursos recientes que hay que rechazar “un pasado signado por la intolerancia” y ha expresado que nuestra sociedad “está resuelta a consolidar la efectiva unión de sus integrantes”. Ahora su gobierno tiene ocasión de confirmar, con las medidas del caso que reclama la opinión pública, tan elevados conceptos y propósitos.

La llamada "cuestión judía" en la Argentina

Por MANFRED SCHONFELD

En los últimos días ha vuelto a ser puesta sobre el tapete —con inusitada y sorpresiva intensidad— lo que ha dado en llamarse "la cuestión judía" en la Argentina.

Hubo incalificables actos de profanación en un cementerio judío de esta capital. Hubo un lastimoso despliegue de enfoques primitivamente antijudíos —mezcla de malevolencia y de televisión que pretende tener una índole periodística, hecho grave por ser estatal la televisión argentina.

Hubo, finalmente, protestas de organizaciones judías, manifestaciones individuales, intentos de aclaración.

Del conjunto se desprende —para el observador dotado de un cierto grado de capacidad de retrospectiva histórica— la triste impresión de lo que en psicología, se denomina con el galicismo de "déjà vu": lo ya visto.

Van desfilando vetustas patrañas, alusiones a medievalismos psicóticos, a odios de raíces poco menos que visceralmente atávicas, a prejuicios que, pese a que se los sepa basados en fraudulentas supercherías, son repetidos una y otra vez con la desfachatez del que especula —y a menudo especula bien— con que la memoria histórica de la mayoría de la gente es corta.

El observador recuerda

El observador ve desplegarse ante su mirada —frecuentemente más que indignada—, hastiada hasta las náuseas— los viejos trucos, los mismos falsos argumentos: la transparencia de las bastas intenciones que han distinguido desde hace siglos a las neurosis, individuales y colectivas, de los antijudíos.

Se siente entonces impulsado —a esta altura de las circunstancias históricas y habida cuenta de los horrores registrados, en ese orden de cosas, en el curso de este apocalíptico siglo XX— a decirse: No vale la pena perder el tiempo con gente así; hay que aprender a convivir con ellos como se convive con tantos otros males: son excrecencias de la 'mala levadura' que hay en el hombre, son expresiones en última instancia de la miseria humana.

Pero luego recapacita. Recuerda el pasado todavía cercano. Recuerda cómo

surgió el nazismo —una de las expresiones máximas de lo burdo, lo chato, lo vulgar, lo infame en materia de seudopolítica, en lo que va del siglo— y no sólo como surgió, sino cómo logró imponerse en el seno de una de las naciones espiritualmente más nobles, intelectualmente más elaboradas de que podían enorgullecerse en ese momento la cultura y la civilización occidentales.

Recuerda como ese mico aullante —que nunca llegó a escribir la lengua de Goethe sin errores sintácticos—, cómo ese frustrado pintamonas que a través de la legitimización "a posteriori" de su bastardía de origen había llegado a heredar el ortográficamente deformado apellido de Hitler, se convirtió en el conductor de aquella nación, cabalgando en la cresta del odio racista y llevándose por delante —como quien elimina una pulga con el chasquido de las uñas— al conjunto de aquéllos que debieron haber sido albaaceas del legado espiritual de un Goethe y de un Beethoven y de un Kant y de un Humboldt y de un Clausewitz.

El observador recuerda todo eso y entonces se dice que, en este caso, no vale desgraciadamente el antiguo dicho latino "non bis in idem", o sea que las cosas nunca se dan dos veces en forma idéntica. Quizás no se den idénticamente, pero al respecto no se trata de hacer hincapié en hipotéticos matices diferenciales.

Lo que importa es que sencillamente no vuelvan a darse, así sea de modo embrionario y aún cuando no llegasen a sus últimas horribles consecuencias. Tampoco en la Alemania nazi —al comenzar a afianzarse el régimen hitleriano— se pensó en la culminación horrorosa del final: sencillamente porque no había mente humana capaz de concebirla. No se trata, pues, de establecer conjeturales comparaciones con lo que, llegado el caso, podría suceder, sino de arrancar de cuajo el germen del mal, suponiendo que tal germen existiese.

Con lo cual llegamos a la pregunta crucial: ¿existe o no una así llamada "cuestión judía" en la Argentina?

Ni magnificar ni minimizar

Los lectores que siguen los comentarios que, a lo largo de los dos últimos años hemos publicado en estas páginas, quizás

recuerden que, en por lo menos dos oportunidades, dimos una respuesta, no exhaustiva sino más bien sintéticamente expresada, a ese interrogante. (Se trató de sendas tesis adoptadas, en dos oportunidades diferentes, frente el notorio caso de Jacobo Timerman).

En ambas ocasiones dimos a entender, palabra más o menos, que lo que podría llamarse la "cuestión judía" en la Argentina, es un hecho real que, así como no debe ser magnificado —como pretende, por ejemplo, hacerlo para su provecho personal un inescrupuloso oportunista y aventurero del periodismo como siempre lo fue Timerman—, tampoco de modo alguno, repetimos que de modo alguno, debe ser minimizado.

Esto último pretenden hacerlo —por razones humanamente muy comprensibles y que no provocan en el observador más que sincera lástima— muchos judíos en la Argentina, que practican la proverbial política del avestruz, tratan de convencerse a ellos mismos, a los gritos, de que aquí no pasa nada, y creen que la mejor manera de ignorar ciertos males subyacentes —de los cuales no pueden sino tener perfecta y clara noción— dejarán de existir si se los ignora, si "no se menea el asunto" o —para emplear la reminiscencia de un chiste popular no precisamente muy limpio— si "no se hace ola".

Grave error. Hay que "hacer ola", mucha ola, para que las podridas miasmas adheridas al turbio fondo suban a la superficie y se las pueda detectar, identificar y destruir de una vez por todas.

Al mismo tiempo, volvemos a lo de no magnificar la cuestión. Tampoco nos desdecimos de esto. La magnificación —como se está dispuesta a proyectarla, sobre todo en el extranjero, con la complacencia y connivencia de argentinos que no merecen el nombre de tales— es, a su vez, una mentira.

La Argentina, la Argentina tradicional jamás fue un país racista o discriminador.

Fue uno de aquéllos que más generosamente cumplió con el mandamiento bíblico —uno de los pilares de la ética judaica que, lamentablemente, el cristianismo tardó muchos siglos en asimilar y en llevar no más que parcialmente a la realidad—

La cuestión radial y la TV oficial

Por OBSERVADOR

En la nota publicada en la edición del 2-XI-80, del diario "La Prensa", aparecen en el comentario "La cuestión racial y la TV oficial", que firma Observador, las siguientes apreciaciones en el acápite titulado "Bajo sospecha":

Bajo sospecha

Por un canal de televisión que se halla en manos del Estado se difundió un programa de entretenimientos que está a cargo de un dependiente del aparato de prensa y propaganda del gobierno nacional, programa que se emite —como tantos otros— bajo apariencias periodísticas.

La persona que conduce el programa entrevistó a un ciudadano argentino miembro de la colectividad judía y, a raíz de las preguntas formuladas en un tono abiertamente agresivo, la Delegación de Asociaciones Israelitas Argentinas dio a conocer una declaración, en nombre de

la comunidad israelita del país, rechazando las expresiones vertidas en el programa en cuestión.

Como se sabe, los canales de televisión de esta capital son controlados por el Estado y no hay posibilidad alguna en absoluto, de suponer que alguien ejerza con libertad la supuesta misión periodística que en la pantallas se escenifica.

De manera tal, la primera observación es la de que el agente a cargo del programa no actuó por sí mismo, sino respondiendo a las indicaciones, sugerencias o al menos contando con la aprobación de las autoridades del canal de televisión y de la Secretaría de Información Pública.

Planteadas así las cosas, la segunda observación es la de que resulta difícil suponer que el general Llamas sea nazi, y menos aún que el presidente Videla lo sea, pero ocurre que bajo la actual administración pública del país y en momen-

tos en que la Argentina recibe acusaciones mundiales por todos conocidas hubo alguien —no se sabe quién— que tuvo la "gloriosa" ocurrencia de sembrar la semilla de una sospecha de afloramientos y acentuaciones de neto corte racista.

El flaco favor que se le ha hecho a la política internacional argentina desde un canal de televisión se registró justamente, cuando se aguarda para la semana entrante una aparición pública, en los Estados Unidos de América, del ex director del diario "La Opinión", Jacobo Timerman, quien estuvo detenido a disposición de la Junta Militar y del Poder Ejecutivo, no por su condición de judío, sino por haber sido socio de David Graiver, agente financiero de los "montoneros". Timerman será presentado por Patricia Derian, a quien se conoce bastante en áreas que corresponden al manejo de las cuestiones internacionales argentinas.

según el cual "no vejarás al extranjero que mora dentro de sus portones, porque tú mismo fuiste extranjero en Egipto y sabes lo que se siente como tal".

La tolerancia argentina

La Argentina —crisol de razas como sólo lo fueron muy pocas otras naciones americanas— ha sido, hasta hace poco, una comunidad perfectamente armoniosa. Se le hacía inevitable chiste al "galego", al "tano", al "rusito", al "turco", del mismo modo como antes al "moreno", al "tipe", al "chino" y más tarde al "cabeceita negra". Chistes cargados, según las circunstancias o según de dónde o de quién procedían, con un grado de mayor o menor malevolencia, pero nunca con un grado que resultase intolerablemente malevolente, nunca conducente a la discriminación y mucho menos —inimaginable en nuestro medio— a la segregación física.

Comparado con la Argentina, un país como los Estados Unidos —adali de las democracias— es infamemente racista. Hasta hace menos de una generación humana había estados de la Unión —y no podríamos asegurar que no los haya todavía— en que existía la figura delictiva lo que llamaba "miscegenation", o sea mezcla de razas, es decir donde el casamiento entre blancos y negros no era permitido por considerárselo un delito (y las relaciones sexuales no legítimas no llegaban a ser castigadas por la legislación, porque de esa se solía encargar en forma más expeditiva el brazo de la "ley de Lynch").

Comparada semejante situación con la de las modestas Provincias Unidas que, ya en 1813, declaran la libertad de vientres, emancipando potencialmente a los hijos de todos los esclavos negros —de cualquier procedencia que fuesen y

aún antes de nacer—, es obvio que huelga todo comentario adicional.

En cuanto a los judíos norteamericanos —aquellos que, en su ingenuidad que ya clama al cielo han dejado que Jacobo Timerman les vendiese su aureola de mártir del judaísmo en la Argentina—, recordamos la columna de los diarios en que se avisan la venta o el alquiler de viviendas con el discreto agregado a la habitual enumeración de las características del inmueble: "Hay una iglesia cerca". (Lo cual es una cortés manera de dar a entender que, si uno tiene el infortunio de llamarse Levy o, para el caso, Rozenblum, haría mejor en no tomarse la molestia ni en perder su tiempo. De paso, ¡qué idea acabamos de sugerirle a ciertas inmobiliarias argentinas! ¿No?).

El "desfasaje" social Argentino

Con todo, punto final en cuanto al tema de los Estados Unidos y a su manera de tratar a sus minorías étnicas y religiosas. No queremos aparecer como aquellos que, para disimular sus propios defectos, enumeran los de otros. Cada país tiene su propia problemática, su propia parábola histórica, y el deber de encarar con dignidad y objetividad sus cuestiones internas. Veamos, pues, qué está pasando en la Argentina.

Bien que no nos guste emplear ciertas muletillas verbales que están en boga —en este caso la de "desfasaje"—, en estos momentos no se nos ocurre otra mejor. Estamos pasando, evidentemente, por lo que podría llamarse una etapa de "desfasaje" social.

Consiste en que han llegado al poder, con contundencia virtualmente definitiva, los hijos, nietos o, en el mejor de los casos, bisnietos de nuestras primeras oleadas inmigratoria, arribadas al país des-

pués de terminada la organización nacional, fundamentalmente de sangre italiana. (Quien afirme lo contrario, que pase revista a los apellidos de los tres miembros de la Junta Militar y del presidente designado, y obtendrá una respuesta bastante clara a sus dudas.)

Las clases nuevas, como en toda estructura social, vienen cargadas con complejos de inferioridad de tipo histórico. Un complejo tonto, a nuestro juicio, pero que no por ello deja de ser realidad. Las clases nuevas no pueden decir de sus ancestros que han hecho la historia del país. Guardan, por ello, secretos resentimientos y rencoras, alimentados por el sutil menosprecio —a veces no es tan sutil— de los retoños de las clases viejas. El menosprecio en cuestión toma la forma tácita o abierta de la reflexión: "Podrás tener todos los méritos del mundo, pero así asciendas hasta el tope de la escala del poder, del dinero y de la fama, tu apellido te denuncia: tus ancestros no fundaron la Argentina, no guerrearon por la independencia, ni en las guerras civiles, ni en la del Paraguay, ni siquiera en la del Desierto".

Hay gente a la que eso le duele. En lugar de resentirse, harían bien en replicar a semejante diatriba con la cita de Goethe: "Lo que heredaste de tus mayores, adquiérela para poseerla", es decir en dar a entender que, si una clase va desplazando con el correr del curso histórico de su lugar a otra, es porque esa otra fue menos capaz, menos fuerte, incluso menos astuta para defender su lugar. Y que, por ende, la más antigua, si es genuinamente caballerosa, debe saber perder con dignidad.

Canalización del rencor

Lamentablemente, no vivimos en tiempos caballerosos, o digamos más bien

que los genuinos caballeros fueron la excepción en todos los tiempos, incluso en los de Bavardo, el caballero sin tacha y sin miedo (razón por la cual llamaba, precisamente la atención).

De ahí que haya vástagos de las viejas clases, parcialmente desposeídas, que por un lado canalizan su odio "porque les han quitado el país", por la vía de la violencia (los muchachos "de cuatro apellidos" que anduvieron entreverados con la guerrilla), mientras que, por el otro, el complejo de inferioridad que intentamos esbozar, induce a la clase nueva a la búsqueda de comunes denominadores negativos: "No tendré cuatro apellidos y seré el hijo o el nieto de un almacenero gallego o de un verdulero italiano, pero por lo menos una cosa no soy: judío. Soy por el contrario, católico, apostólico, romano —dicho así, con triple énfasis— y eso lo tienen en común conmigo los antiguos señores, aquellos de los cuatro apellidos, así les guste o no. Por lo demás, mis hijos pueden ingresar en el Colegio Militar y los de los judíos, en la práctica, no, aunque no esté escrito en ninguna ley". (Y en esto último tienen razón, aunque no quieran admitirlo las autoridades afectadas y por más que, por ahí, puedan sacar de los archivos el caso aislado de algún oficial de origen judío el cual uno se da corte" y con cuya presencia se demuestra que no se es antijudío).

Digamos finalmente que los judíos no están solos en el mundo en cuanto a esa posición desafortunada de ser la salida catártica a través de la cual desahogan sus complejos, sus insuficiencias, sus desequilibrios y desajustes internos los demás sectores comunitarios, en particular los mayoritarios. En los Estados Unidos, hasta hay una expresión típica —acuñada no por los negros, sino por los blancos— mediante la cual éstos caracterizan a sus propios hermanos de raza de infima calidad, pero que, a falta de otros méritos o virtudes, ostentan como único orgullo el hecho de no ser negros: los llaman "basura blanca", "White thrash". Esperemos que nunca llegue, en la Argentina, un momento en que un sector católico califique a otro de "basura católica", simplemente porque el segundo ostente como supuesto y único "mérito" el hecho de no ser judío.

Los judíos en la Argentina

Olvídemos, empero, por ahora, lo de ingreso al Colegio Militar, sin dejar de decir: ¿creen los retoños de la comunidad italo-argentina que, en vista de las discutibles "proezas" de sus consanguíneos en las dos guerras mundiales, ellos serán mejores guerreros que los retoños de la comunidad judeo-argentina, cuyos hermanos de sangre tienen en su reciente haber bélico hazañas como el levantamiento en el ghetto de Varsovia, el cruce del Canal de Suez y la conquista de las colinas de Golán, cuesta arriba, escalando a pie y a la vista de los nidos de ametralladoras del enemigo? ¿Lo creen de veras?

Pero los judíos en este país no tienen necesidad de la gloria militar para demostrar que han sido una de las comunidades de origen extranjero que, en proporción a su número global, han dado una

riquísima cosecha de bienes espirituales y materiales a su patria, patria de nacimiento o de adopción. Posiblemente sea la comunidad que más ha dado, si aplicamos ese criterio proporcional cuantitativo.

En la actualidad está de moda hacer resonar los nombres de Timerman, de Graiver o de Gelbard. (De paso sea dicho cuando se habla de Jorge Antonio —si es que de él se habla— y de la ruina que sus maniobras acarrearán al país, se entiende que con la plena anuencia de su amo Perón a nadie jamás se le ocurre poner particular énfasis en su origen árabe; y está bien que así sea, pero consignemos no obstante, la diferencia en el trato).

Una lista gloriosa

Nosotros, en cambio, preferiríamos citar una lista de apellidos —de la que estamos seguros que pecará de corta y por ello de injusta, por omisión y por olvido, humanamente perdonables— y que podría llegar a ser casi interminable.

Son apellidos que dieron lustre y vitalidad, riquezas, fama y honor a la Argentina en los más diversos campos del quehacer humano.

Mencionemos tan sólo a los Gerchunoff, Lipschuetz, Hirsch, Saslavsky, Dujovne, Kaplan, Gluescksmann, Kaminsky, Singerman, Efron, Verbitsky, Teubal, Fuchs, Ficher, Fridman, Levin, Levy (Bepo), Rosenvasser, Glezer, Lewin (Boleslao), Scheingart, Liacho, Schallmann, Mirelman, Elnecavé, Eichelbaum, Gerstein, Polacco Drucaoff, Mendelson, Isaacson, Liebermann, Tarnopolsky, Garfunkel, Guibourg, Korn (Julio), Dickmann, Satancovsky, Edelberg, Nudelman, Menasché, Lalevich, Erhardt (Otto), y así podríamos seguir enumerando, hasta cansarnos, esos nombres de escritores, artistas plásticos, investigadores, médicos dirigentes comunitarios, profesores universitarios, hombres de empresa, pioneros industriales, músicos, políticos, intérprete, figuras del mundo del espectáculo, etcétera.

Pero no se habla de ellos. Se habla de Graiver o del acrobático Timerman (del cual añadamos que fue absuelto de toda culpa por un tribunal militar, en parte —eso se entiende que pocos lo saben— porque, en su errática carrera periodística carente del más elemental principio rector, no faltó casi nunca algún militar altamente encumbrado —occidental y cristiano, se supone— que le debía favores o del brazo del cual el flexible periodista había andado).

Israel, el sionismo "doble lealtad"

Otro tema de moda es el de Israel, el del sionismo y de la así llamada "doble lealtad". Hace poco nos llamó un colega —a raíz del acto de vandalismo en el cementerio de Liniers— que, judío él mismo, se apresuró por aclarar que no era sionista. Nos dio pena, no podemos menos que admitirlo. Hasta tal punto está actuando el lavado de cerebros financiado por lo petrodólares, que hay judíos que, evidentemente, creen que ser sionista es ser un criminal.

El sionismo es un movimiento noble y cualquier persona del mundo —judía o no— puede sentirse orgullosa de apo-

yarlo. Es un movimiento que vino en son de paz a Tierra Santa— el hogar ancestral de un pueblo del brazo del cual Occidente salió de las tinieblas de la idolatría para atisbar, por vez primera los invisibles rasgos del Dios Único—; vino, como dijimos en son de paz y fue recibido a balazos, lo cual termina por trasformar —bajo la dura necesidad de sobrevivir— aun al más pacífico en aguerrido.

Hoy día Israel lucha por ganar la paz, pero a cambio de no tener que abandonar su existencia misma. Simpatizar con esa causa, sobre todo si uno es judío, no es sino algo perfectamente natural, lo cual no obsta a que se pueda mantener un espíritu crítico frente a tal o cual acto de gobierno israelí de turno o incluso frente al Estado de Israel visto en conjunto.

Los irlandeses en todo el mundo — particularmente los de los Estados Unidos— también se solidarizan con la causa de la patria de sus ancestros y lo hacen en forma tan atávicamente miope que han estado enviando millones de dólares a la red terrorista transnacional, canalizándolos, sin saberlo a través de la ayuda que dan al IRA.

Y en las dos guerras mundiales, hubo muchachos argentinos —con el servicio militar cumplido en el país de su nacimiento— que fueron a enfrentarse unos contra los otros, con las armas en las manos, como voluntarios en los ejércitos de las patrias de sus respectivos ancestros —Gran Bretaña y Alemania— sin que a nadie por ello se le hubiese ocurrido hablar de problemas de "doble lealtad".

En cuanto a los argentinos que han ido a radicarse a Israel, creemos que llegan, si mucho, a los 30.000. Debe haber diez, veinte, quizás treinta veces tantos argentinos dispersados por el mundo (en los Estados Unidos, en Australia, en Canadá, en España) que se fueron no impulsados por un añejo y sentimental ideal, sino para ganar sus ingresos en moneda "dura" y vivir mejor. ¿Quién los acusa de traidores, de desertores, de tráfugas? ¿Quién se ocupa, de por sí, de ellos, o habla de que "sean un problema", cuando en verdad sí que lo son, porque su ausencia, sobre todo en los niveles profesionales y de gente de formación universitaria, está haciéndose sentir?

Si se alude a ese problema es, en todo caso, en estudios serios, pero no en programas de televisión, destinados a agitar la opinión pública y a confirmar prejuicios y odios que se nutren con la ignorancia y dan pábulo a un sensacionalismo vulgar.

El gobierno debe hablar

De modo que ha llegado el momento de decir que tales farsas deben terminar. Se han alzado muchas voces al respecto. Es inadmisibles que falte la del gobierno.

Debe fijar su posición. Pero decir eso equivale a decir que no la fijará. Nuestro gobierno ostenta el orgullo de no hacer nunca caso a las voces periodísticas independientes.

Es un gobierno de "caos cerrado", de "decisiones irreversibles", un gobierno que no da explicaciones ni rinde cuentas, y que —en el mejor de los casos— se digna a consultar. Va seguro de sí mismo por su camino. Y así va y así está el país." (3-XI-80)

Acerca de la profanación de tumbas en el cementerio israelita de Liniers

Por MANFRED SCHONFELD

"¿Qué me dice usted de esto...? Romper las lápidas de las tumbas, ¡eh! Profanar cementerios. Algo nuevo para la historia, ¿eh? Dernier cri... Mire, esa profanación de tumbas es simbólica, es infernal, única en la historia. ¿Se ha fijado usted alguna vez en las últimas brasitas que se apagan en una hoja de papel, antes de que se vuelva negra del todo? Esto es igual. Los últimos destellos de dignidad, de respeto por uno mismo, de escrúpulos, de humanidad y de otras cosas hermosas con que nos llenan la cabeza, se apagan y todo se vuelve negro..."

(Wassermann, El caso Maurizius)

Cuando Jakob Wassermann escribió —puso en boca de uno de sus desgarrados personajes— lo que precede, correría aproximadamente el año 1925. ("El caso Maurizius" apareció en 1928). El hitlerismo, las SA con sus camisas pardas, ya se encontraban en gradual —aunque todavía no definitiva— marcha de ascenso hacia el poder. No eran más que una fuerza minoritaria. Pero, al amparo de la liberalidad legislativa y judicial de una democracia suicida aterraban con sus actos de vandalismo y de intimidación a media Alemania.

Las aludidas profanaciones de tumbas se perpetraban en cementerios judíos. Se actuaba, claro está, a escondidas, de noche, cobarde y solapadamente: con la típica idiosincrasia huidizamente feminoide de la mente nazi, sólo capaz de superar su intrínseco complejo de impotencia a través de actos de gratuita e impune brutalidad, de la destrucción o del enlodamiento de lo que para otros es sagrado, o de la persecución del físicamente débil o del circunstancialmente aislado —con preferencia ancianos, mujeres o niños— por hordas de vociferantes bravucones.

Premisas y epifenómenos

El autor ("El hombrecillo de los gansos" y de "Kaspar Hauser" murió en 1934, al año siguiente de la toma del poder por Hitler. Es lícito pensar, por lo tanto, que Wassermann tuvo al menos la buena fortuna de desaparecer en tiempos en que la tiranía parda no había desplegado aún toda su bestialidad; todavía no habían ardido las sinagogas alemanas, todavía no se habían arrastrado por el fango callejero las Escrituras que veneran judíos igual que cristianos, todavía se hallaban mucho más lejos las deportaciones en masa, las matanzas, los campos del exterminio industrializado.

Pero la visión del poeta, la imaginación del creador atisban lo que ya está acechando, a pesar de que aún no se haya convertido en realidad inmediata ni en tangibilidad cotidiana. En un país, en el seno de una nación donde el odio colectivo lleva a la profanación de las sepulturas, puede considerarse que hay un riesgo de que desaparezcan "los últimos destellos de la dignidad" del hombre.

Lo demás, el horror posterior, la barbarie institucionalizada que culmina en última instancia, en el genocidio, no son sino otros tantos epifenómenos de lo que ha sucedido antes.

De hecho, si lo que sucedió antes fue tolerado quizá incluso en actitud complaciente o indiferente, por el cuerpo comunitario nacional visto en conjunto: si por parte de las autoridades no hubo muestras demasiado ostensibles en cuanto al esfuerzo para aprehender y castigar a los malhechores; y, más que nada, si la reacción generalizada no fue la única decentemente imaginable, a saber una indignación sin límites.

El caso argentino

El caso alemán ya es historia, historia en torno a la cual la conciencia moral de este siglo —siglo que pese a los escépticos no deja de tener una conciencia moral— falló su sentencia en forma inapelable. Si hemos aludido, en estas consideraciones a dicho caso, no es, en el fondo, para volver a abrir heridas apenas levemente cicatrizadas por el paso del tiempo, sino porque el caso en cuestión posee naturalmente, para bien o para mal, la índole de un paradigma innegable.

Midamos, pues, de acuerdo con esa función paradigmática que le es inherente, los hechos que motivan el presente comentario: la profanación de tumbas que sufrió el antiguo cementerio israelita de Liniers, en plena capital argentina.

No vale casi la pena dedicar siquiera un párrafo a los autores del hecho. En nuestro medio se sabe, si no su identidad individual, cuál es su filiación. Se sospecha también de dónde les vienen, precisamente bajo el imperio de la constelación actual de circunstancias internacionales, los nuevos impulsos para su cansino y morboso aliento vital, así como cuáles son sus posibles fuentes de financiación.

Pero no es eso lo que nos interesa, al menos en este momento. Oportunamente volveremos sobre el tema —de innegable importancia— de los brotes neonazis en la Argentina, y de lo que ha dado en llamarse "la cuestión judía" en este país.

Lo que, por ahora, deseamos señalar una vez más es aquello de las últimas brasas que se van escurriendo sobre el papel que se quema, aquello de la negrura que se apodera de todo y de todos —judíos, cristianos, creyentes o agnósticos— cuando en un país comienza a profanarse los cementerios.

Tal profanación, repitámoslo con Jakob Wassermann, es simbólica, es infernal. Donde sucede, cuando sucede —cuando sucede, en apariencia, de modo impune y ante la indiferencia y el silencio—, algo anda mal. Algo que debe ser erradicado, sin piedad ni compasión, a no ser que la nación esté dispuesta a acercarse peligrosamente a la pendiente inclinada que apunta hacia el amoralismo y las desatadas furias de la "mala levadura" que, según el poeta, hay en el hombre.

El cementerio israelita de Liniers y lo que en él pasó no son sino pórticos hacia cosas que pueden llegar a ser tremendas. Tengamos en cuenta que es un reto, que se lanza contra la dignidad humana en el país. Hasta ahora no nos hemos enterado de muchas respuestas a ese reto. Sería urgentemente necesario que las hubiese y que fuesen las adecuadas.

CENSURABLE HOSTIGAMIENTO

HACE algunos días, una declaración de la Delegación de Asociaciones Israelitas Argentinas puso de manifiesto la previsible reacción de quienes, con autoridad y representatividad judías, se sintieron afectados por los alcances de un programa de televisión difundido el día lunes 27 pasado. El contenido del programa, también para el juicio del televidente general, trasuntó una notoria intención antisemita.

Es explicable la actitud de la entidad por cuyo intermedio suele expresarse la colectividad agraviada. Pero también es explicable que la condena parta, todavía con más vigor, de los amplios sectores que, por considerar al país viviente como un todo humano ven un verdadero atentado a la convivencia social en esas exaltaciones del odio subjetivo, particularmente cuando ellas son difundidas por un medio de tanta penetración como es la televisión. Es éste un modo del cual, en tanto se halla sujeto a la fiscalización del Estado, no deben esperarse formulaciones que dividan a nuestra población y traicionen el espíritu de amplitud y tolerancia dentro del cual se ha formado la Argentina eterna.

Nada impide la existencia de diálogos esclarecedores sobre las costumbres y las características de cualquiera de las comunidades convivientes en nuestra patria, pero ya implica un preconceito que al invitado a un programa de televisión se lo interrogue sobre “el problema judío en la Argentina”. El más famoso de los escritores argentinos ha dicho que en este caso la palabra *problema* es una petición de principio, un tácito reconocimiento de que los judíos constituyen un problema. Esa fue la idea a priori que utilizó el nacionalsocialismo alemán en la etapa preparatoria de las gravísimas persecuciones antisemitas.

Parece infantil que alguien se atreva a escudarse en la invocación a los lugares comunes a fin de disparar groserías conceptuales de este calibre: “¿Por qué la gente dice que los judíos son avaros?” o “Si fueron perseguidos durante 4000 años, algún motivo debe haber”. Es obvio que recursos de este nivel intelectual serpean en un terreno de agravio al que es imposible descender con el método del razonamiento. Pero de las supuestas puerilidades puede girarse con rapidez hacia un tipo de interpelación con estímulos bien identificables: lo demuestra el hecho de que, luego de someterse al entrevistado —un argentino de ascendencia judía, como es obvio— a cuestiones como las apuntadas, se le inquirió acerca de las razones por las cuales el Estado de Israel rechaza las exigencias de los palestinos. De modo que el ciudadano argentino invitado al programa quedó transformado en alguien que debía dar cuentas por la política israelí. Colocado en esa pendiente el arrogante inquisidor, debe reconocerse que privó al diálogo de toda posibilidad de sensatez cuando intentó considerar semejantes, como Estados, a la Santa Sede y a Israel.

Si en ningún pasaje de nuestro desenvolvimiento como Nación pudo justificarse el menor asomo de hostigamiento a ninguno de los núcleos integrantes de la sociedad argentina, en estos días, además de carecer de justificación, una actitud de tal naturaleza es pasible de ser calificada de deplorable. En circunstancias en que se está desplegando un esfuerzo colectivo para echar las bases de un firme edificio democrático, es inadmisibles que desde medios de comunicación oficiales se intente dar identidad general a “problemas” sólo existentes en minorías localizadas y oscurantistas.

(1°-XI-80)

Una actitud reprobable

LA opinión pública ha computado con la debida atención el problema suscitado el lunes 27 de octubre cuando una estación televisiva local difundió un programa periodístico en cuyo transcurso se sometió a un ciudadano argentino, de origen judío, a un interrogatorio desproporcionado, de indudable trasfondo racista. No fue necesario, pues, que la Delegación de Asociaciones Israelitas Argentinas (DAIA) hiciera conocer su protesta con tal motivo para que el repudio global de la colectividad se enderezara a la corrección de ese hecho reprobable, que no debe repetirse entre nosotros.

La estructura del programa a que nos referimos consistió en presumir al entrevistado como culpable ¿De qué? De judaísmo. Así, el tratamiento del tema comenzó con esta incisiva pregunta “¿Es usted argentino-judío o judío-argentino?”, para proseguir con otras proposiciones como: “¿Por qué los judíos se emocionan más si hablan de Israel que si lo hacen de Tucumán?” o “¿Qué razón hay para que la gente diga que los judíos son avaros?”.

Es preciso transcribir estas frases, aunque ellas ofendan desde el vamos, para mostrar que el programa estaba enderezado a describir supuestos defectos de carácter propios de una raza (la avaricia o un conflicto de lealtad entre la patria de la nacionalidad y el Estado fundado sobre bases religiosas. La identificación forzada entre la calidad de judío y la pertenencia al Estado de Israel quedó patente cuando el periodista reclamó explicaciones por actos cometidos en el Medio Oriente por Tel Aviv.

A esta altura del razonamiento cabe señalar que la persona entrevistada no encontró que ese trato fuera descomedido para con ella. Tal vez suponga que se le proporcionó una oportunidad para aclarar posibles malentendidos. La audición resultó, en cambio, agravante para los espectadores en su conjunto, quienes no pueden declinar del debido respeto que se les debe en su condición de comunidad que siempre ha repudiado el racismo y, por consiguiente, también el antisemitismo.

El tema no permite, por cierto, dos interpretaciones. La suposición de que el periodista extrema su “astucia” para desnudar la personalidad del entrevistado, y por eso se vale de preguntas

que lindan con el hostigamiento, debe ser desechada. En primer lugar, porque ese estilo de conducción nada tiene que ver con un auténtico periodismo, el cual debe estar al servicio de la verdad y limitarse a mostrar lo que realmente ocurre, sin distorsiones ni ocultamientos. Luego, porque cada vez que se emplea esa técnica, incluso en casos aparentemente triviales, se está lesionando la dignidad de entrevistados y teleoyentes.

La modalidad empleada (y que ha culminado en una expresión racista que repugna a la conciencia argentina) es, en realidad, la forma de sustituir el contenido necesario de un programa periodístico televisado, esto es, los hechos, las opiniones responsables, la apelación a testimonios auténticos y representativos, por una suerte de “atrevimiento” seudoperiodístico que actúa como una cortina de humo. Se trata, entonces, de formas incompatibles con la cultura del pueblo argentino.

Sería lamentable que este hecho, por lo repudiable que es, no dejara lecciones. Es en tal sentido que la opinión representativa de las asociaciones que nuclean a la importante comunidad judía de la Argentina debe ser atendida. Ella coincide, por otra parte, con el sentir generalizado del pueblo, adverso a toda persecución por motivos raciales o ideológicos.

En cuanto a los descargos proporcionados por la persona entrevistada, en las manifestaciones que hiciera públicas con posterioridad al programa, ellas valen como expresión individual e indudablemente generosa, pero no podrían ser utilizadas para avalar un avance tan contundente sobre los hábitos civilizados de los argentinos, como lo es el registrado.

En cuestiones de esta gravedad es preferible reaccionar drásticamente y en el menor tiempo posible. Toda tolerancia lleva a la profusión de actitudes como la comentada. Y esas actitudes no solamente contrarían una honrosa tradición argentina, sino que están a contramano de la sensibilidad de la totalidad de nuestro pueblo, señalando de paso el penoso momento por el cual está atravesando la televisión en manos del Estado.

(2-XI-80)

Opinan dirigentes políticos

Los más recientes episodios de agitación antisemita producidos en nuestro medio, generaron inocultable inquietud, ya que los mismos son reveladores de un rebrote racista, cuyas connotaciones amenazadoras sería poco prudente subestimar.

Es comprensible, así entonces, la repercusión penosa que los hechos antisemitas generaron, no sólo en el seno de la comunidad judía sino en amplios y representativos sectores de la opinión pública, conscientes por cierto del impacto deteriorante —y más aún, en este sensible tramo de la vida nacional— de la agitación antisemita para socavar la necesaria convivencia argentina. Es que a esta altura de los acontecimientos, la dramática experiencia recogida en nuestro atribulado tiempo, avala concluyentemente la peligrosidad del antisemitismo, como arma predilecta y favorita pa-

ra motorizar, bajo los más variados ropajes y consignas, diseños disociadores de la convivencia democrática, para beneficiar los siniestros objetivos de los **totalitarismos deshumanizantes**, de toda laya y color:

Puesto que estamos convencidos —como inquestionablemente lo es— que el odio antisemita no sólo agravia a los judíos, sino que también amenaza la dignidad del género humano y la paz social de los pueblos amantes de la sana convivencia, hemos considerado necesario recabar las opiniones de representantes de distintas corrientes cívicas nacionales sobre esta nueva escalada de la agitación antisemita. Para ello, le hemos formulado a nuestros entrevistados el cuestionario que reproducimos en recuadro aparte. Consignamos seguidamente, las respuestas dadas a nuestra requisitoria periodística.

RICARDO BALBIN

Hay silencios que molestan más que las palabras

Presidente del Comité Nacional de la Unión Cívica Radical, el doctor **Ricardo Balbin** —por su veterana militancia al servicio de la democracia argentina— es una de las figuras más representativas y prestigiosas del mundo político nacional de nuestro tiempo. Su palabra —más allá de los avatares coyunturales y de inevitables discrepancias interpretativas— encuentra permanentemente condigno eco en todas las esferas de la ciudadanía democrática argentina, que tiene en el infatigable luchador a un lúcido vocero de nuestra vida republicana. Por lo tanto, el doctor Balbin no podía estar ausente en esta breve encuesta sobre el candente problema de la agitación antisemita en el país.

1) En nuestro país el antisemitismo es planta no cultivable porque no hacemos cuestión de clases, razas o religiones, lo que no sólo es postulado de la Ley Fundamental sino que es inherente a los naturales sentimientos de nuestro pueblo.

Hechos o actitudes aisladas no afectan este sentido moral de convivencia. El episodio a que da motivo esta pregunta puede haber sido sin intención de ofender. Para su claridad y mérito del país hubiera bastado una simple aclaración.

Hay silencios que molestan más que las palabras.

2) Cuando el medio de difusión es oficial el cuidado en las palabras y actitudes debe necesariamente ser más prudente.

AMERICO GHIOLDI

La opinión pública sensata rechaza el antisemitismo

Una respuesta, clara y definitiva, consecuente con su inequívoca conducta de lucha contra toda forma de discriminación racial y de prejuicios religiosos, es la que formula a nuestra inquietud el profesor **Américo Ghioldi**, veterano dirigente del socialismo democrático argentino y una de las mentes más lúcidas y autorizadas del espectro político nacional.

1) Los hechos ocurridos recientemente, han sorprendido a la opinión sensata del país, que desde siempre rechaza toda discriminación racial y entre ellas, señaladamente, el antisemitismo. La prensa ha reaccionado vigorosa y unánimemente, en oportunidad de los hechos mencionados, debiendo lamentar que las autoridades competentes de la TV y las mismas autoridades nacionales, no hayan tomado alguna medida contra los responsables del uso antinacional y antihumano de los medios de comunicación. Los hechos antisemitas denunciados están circunscriptos, pues no indican, a mi juicio, que sea comienzo de ninguna campaña ni tampoco medida de lo que auténticamente siente el pueblo argentino.

2) En términos generales, he contestado ya a la pregunta, pero puntualizo la necesidad de que los poderes públicos, en cada circunstancia, procedan con necesaria claridad y energía, a fin de desalentar a pequeños grupos de personas, que no pueden controlar los genes reaccionarios que llevan en sí.

GONZALEZ BERGEZ erno debe reprimir safueros anticulturales

Pablo González Bergez —figura represada por las fuerzas de extracción conservadora y uno de los propulsores en el seno de la corriente de centro dentro del espectro político nacional— condensa su respuesta al requerimiento periodístico en los siguientes términos:

Yo no estoy convencido de que en el reciente recrudecimiento de la agitación antisemita los dos episodios que se mencionan no forman parte de un contexto de agitación —que evidentemente existe—, sino que aparecen como hechos aislados; torpes, es cierto, y el primero salta muy distintos, al fin y al cabo, de otros hechos que cuando muestran el grado de prepotencia y estupidez que anida en algunos grupos políticos son irrelevantes.

Si no hubiera sido un casi monopolio de la opinión pública de quienes lo establecieron en consonancia con sus concepciones totalitarias y mantenedoras de buen grado, la cuestión no se habría planteado en términos distintos. En la situación actual se mantenga, con una o sin jerarquía, quienes ejercen el poder, lo cierto es que, mal que les pese, los responsables de los desafueros anticulturales que a través de los medios de comunicación se cometen. Las medidas para impedirlo son responsabilidad del gobierno administrador, que debe estar muy interesado en el asunto.

EL FEDERICO ROBLEDO:

Los antisemitas son una minoría automarginada de las corrientes populares

Lo que sostiene, en su respuesta a nuestra entrevista, el doctor Angel Federico Robledo, ex ministro del Interior y calificado dirigente en el justicialismo:

Considero que el antisemitismo fue siempre profundamente popular en la Argentina y repugna el estilo de vida del pueblo y a las valoraciones humanas que inherentes a la ética del hombre argentino. Dentro de ese marco, se han sucedido episodios como los vividos recientemente en la comunidad judía, inspirados y ejecutados por una minoría automarginada de las corrientes populares. Deben ser repudiados en el contexto social e impedirse en el poder de policía, a cargo del Estado. Pero creo que deben magnificarse a punto de influir sensiblemente en la convivencia nacional.

La comunidad judía íntegra, como otras comunidades, el pueblo argentino y tiene dadas sobradas muestras de su

Formulamos a nuestros entrevistados las dos preguntas siguientes:

1) Es evidente un recrudecimiento de la agitación antisemita en nuestro país, como lo prueban, entre otros episodios recientes, el atentado perpetrado contra el Cementerio Israelita de Liniers, donde fueron profanadas decenas de tumbas, con la destrucción de las lápidas funerarias y posteriormente, algunas semanas atrás, la emisión por Canal 9 de TV del programa Videoshow, con un cuestionario cargado de insidiosas connotaciones antisemitas. Frente a esta situación: ¿Qué opina usted del rebrote antisemita y de su impacto deteriorante para la convivencia nacional?

2) En vista de lo ocurrido: ¿Qué medidas sugiere usted para impedir que los medios de comunicación masiva administrados por el Estado, como la TV, puedan ser desvirtuados en su genuina finalidad con la difusión de programas de franco corte antisemita, como el mencionado más arriba?

GERARDO ANCAROLA

El racismo violenta los principios de la civilización

El juicio del doctor Gerardo Ancarola —secretario general de la Unión Cristiana Democrática— tiene la visible significación de condensar el sentir de una franja representativa de la ciudadanía identificada con la concepción cristianodemocrática del espectro político nacional. De allí que sus juicios sobre la incitación antisemita conlleven un aporte ponderable para hacer frente al disociador fenómeno:

1) Con alarmante recurrencia, en las últimas décadas aparecen brotes de antisemitismo que efectivamente deterioran la convivencia nacional. Estos hechos deben preocupar a los dirigentes políticos democráticos y obligan a centrar los mayores esfuerzos en desterrarlos.

Se debe repetir, todas las veces que sea necesario y a través de todos los medios posibles, que cualquier racismo —y el antisemitismo es una de sus formas más difundidas— es una corrupción espiritual que violenta principios primarios de la civilización. No debe olvidarse que el antisemitismo es anterior al cristianismo y que inclusive existió y existe en sociedades no cristianas. Pero en nuestro caso resulta aún más injustificable ya que la Argentina es una sociedad cristiana y entre el cristianismo y el pueblo judío existen afinidades muy profundas. Por ejemplo, no olvidemos y valoremos las palabras de Pio XII: "El antisemitismo es inadmisible porque espiritualmente somos semitas".

2) Dado el impresionante poder de penetración que tiene en nuestro medio la televisión, se deben extremar las medidas para que no se difunda ninguna manifestación que aliente contra la pacífica convivencia de los grupos raciales, culturales y religiosos que coexisten en un país pluralista como es la Argentina.